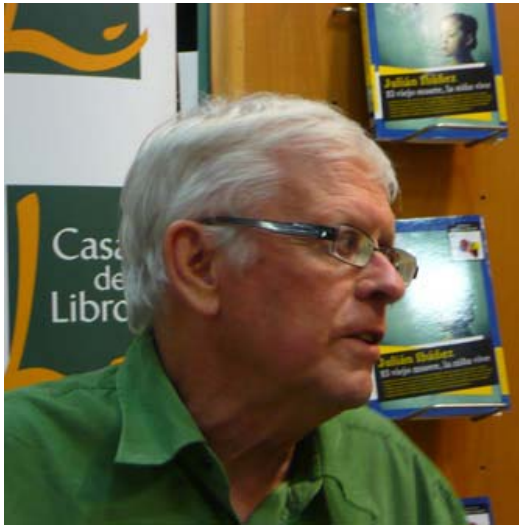


JULIAN IBAÑEZ



Julián Ibáñez García nació en Santander en 1940. Estudió ciencias en la Universidad de Valladolid y guion en la Escuela Oficial de Cine de Madrid. Durante diez años residió en diversos países y actualmente reside en el pueblo de Argés, Toledo, dedicado a la escritura y la pesca.

Es un autor de culto para los mejores aficionados a la novela negra, que admiran sus personajes tallados con cincel, versiones en ambientes sórdidos en cada novela del mismo tipo duro y patético que no se preocupa más que del presente, para cuyo retrato siguió el magisterio inicial del consejo de Chandler, "analiza e imita".¹ Ha

ganado diversos galardones del género y últimamente ha sido miembro del jurado del Premio Hammett en la edición de 2010. Entre sus novelas del género negro destacan La triple dama (1980), protagonizada por Ramón Ferreol, Mi nombre es Novoa (1986), que dio origen a una serie protagonizada por Novoa, Entre trago y trago (2001), La miel y el cuchillo (2003), Que siga el baile (2006), protagonizada por Barquín, El baile ha terminado (2009) y Giley (2010), protagonizada por el policía Cobos.

En Giley, su última novela publicada, el policía Cobos ha abandonado Madrid y se instala en Puertollano, donde trabaja en una comisaría al tiempo que regenta un garito ilegal de juego, lo que le conecta a un asesinato y a una oscura trama criminal que deberá investigar si no quiere acabar en la prisión. Tanto su trama como algunas notas picarescas de su elaborado estilo sugieren un velado homenaje a las historias del Plinio de Tomelloso del gran Francisco García Pavón.

NO ME HA GUSTADO ESTE ESCRITOR

LA MIEL Y EL CUCHILLO

A Florín le han puesto el nombre equivocado. Andará por los cuarenta y es un tipo sin valores, brutal y taciturno. Con un sentido del humor crudo y sólo para sí mismo. Florín pertenece al padrón de Madrid, del Madrid rudo y suburbial. Le encontraréis machacando la cabeza a un payaso por un par de billetes, o alargando la cerveza durante horas en un bar, o, quizás, acompañado por la Mala Racha en una partida de giley. Oiréis también sus respuestas desganas a las preguntas del hombre del saco en una habitación desnuda. Una noche, el sujeto de hormigón que es Florín recibe un soplo sutil: un sentimiento. Irene... o Imelda, por ahí, es delgada y limpia, dulce pero obstinada, de voz casi pueril. Pero oculta un fondo helado y compacto. Florín se ve sometido por ese alma acerada agazapada tras una mirada azul. Se moverá bajo el dominio oculto de Irene. Avanzará impulsado por un soplo de ternura, algo que no reconocerá por sutil y desconocido.

Con un lenguaje y un ritmo que acompañan de manera implacable a los ambientes marginales reflejados en la novela, Julián Ibáñez nos traslada a un universo propio,

rico en atmósferas y personajes, en el que la noche y la carretera se convierten en protagonistas de una historia en la que no tienen cabida la luz, el reposo o la fortuna